



III Pregón de Semana Santa

Banda de Cornetas y Tambores
Santísimo Cristo de la Victoria

Jorge Revenga Sánchez
05 de Abril de 2015
Iglesia de San Martín - León

SUEÑOS DE UN PAPÓN

Queridos hermanos:

Esta tarde, en esta tribuna, permitidme que sea únicamente un pregonero con emociones prestadas, traídas del corazón de Manuel (consentidme que no dé más datos), un leonés que el pasado año desfiló entre rotundos tambores y cornetas plateadas que llevan por donde transitan música cofrade salida de los adentros.

Manuel es cofrade desde niño. No le nacieron papón pues sus padres, llegada la primera luna llena de primavera, huían despavoridos hacia otras tierras en donde la Semana Santa tan sólo es un parón en el calendario escolar y laboral. Pero él, terco como una mula (así lo veía su padre), consiguió encontrar desde muy niño una familia que le acogía los diez días que dura la Semana más bella del año. Muy pronto, con apenas diez años, se acercaba a Santa Nonia para ayudar a montar las procesiones. Acudía al Mercado el jueves en el que descienden a la Señora de su camarín y allí, en una esquina, casi sin respirar - no fuera a ser que le echaran con cajas destempladas - soñaba con su Semana pues vivía todo el año en una especie de ensoñación continua que le hacía sentir la semana santa 365 días.

Una tarde de octubre, con doce años, paseaba por el Jardín de San Francisco y escuchó timbres de cornetas en la capilla. La puerta estaba entreabierta y la traspasó. Allí, más o menos cincuenta personas, unas, con el tambor colgado del cinturón y otras, con las cornetas en los labios o manos, intentaban tocar - aunque no sonara demasiado bien - una marcha sencilla, rotunda, simple, de esas que solo quedan en nuestra memoria.

Un hombre entrado en años, con gafas, bigote, pelo blanquecino y una sonrisa en la boca le espetó: ¿Qué pasa chaval? ¿Quieres tocar con nosotros? Manuel no sabía qué decir, se había quedado mudo sin poder musitar si quiera un sí bajito entre sus labios. Diez minutos más tarde, tenía unas baquetas en sus manos, un tambor a la cintura y, como con miedo, torpemente al principio, empezó a percutir la marcha lenta.

Unos meses más tarde, el Viernes de Dolores, Manuel no sabía si todo era un sueño: en la calle Herreros, esa tarde a las ocho, con un sonido de campanas al vuelo que parecían querer anunciar a toda la ciudad la salida de la Madre del Mercado, se vio muy cerca de Ella, tocando la Marcha Real y observando como esa Dolorosa tan querida parecía sonreírle cuando andaba con el ritmo que él marcaba.

Despacio, como queriendo acariciar el empedrado, los pies comenzaron a marcar el paso, y entre las filas de la banda, con el corazón muy cerca de su boca, con el pulso acelerado y la respiración agitada, cerró sus ojos y, mientras sonaba La Virgen Lloró comenzó a musitar para sus adentros:

*Te imaginaba sola.
Con ese Hijo muerto entre tus brazos.
Te añoraba callada,
envuelta en tus silencios,
con lágrimas robadas
de la tristeza enorme que sufriste
al arrancarte el hijo de tu entraña.*

*No quise recordarte,
de velas rodeada.
Ni siquiera cantarte
tus salves entonadas.*

*Me rebelé con fuerza para verte,
asomada a la plaza,
mientras dos campaniles de la historia
hacia el cielo gritaban
que ese Viernes, Señora de la noche,
la luna no brillaba*

*Como un viajero más quise mirarte
entrando en Carbajalas.*

*Y soñé que era yo quien te lloraba,
sin moverme del sitio,
sin llegar a mirarte,
sin poder siquiera fuera un momento,
dejarte abandonada
Todo un año esperando,
toda una vida siguiéndote en la sombra.
Todas las tardes fueran ese Viernes,
todo mi anhelo verte otra vez sola.
Mirarte hacia la cara,
hablarte con voz rota
por la emoción que siento cuando sales
a esta ciudad de sombras.
Te recuerdo, Señora leonesa.
Te llevo dentro, Madre, cuando lloras.
Tus lágrimas serán tan silenciosas
que evocarán –seguro–
un año aciago de recuerdos,
muchos días de ansia cegadora,
para sentir, Señora, en mi recuerdo,
sólo esa noche rota
por los tambores que anuncian la tragedia,
las cornetas que lloran
y las voces que arremeten contra el cielo
con Salves redentoras.*

*Y por eso, Señora entristecida,
tu voz será mi aurora.
Todas las noches y los días, todos,
serán tuyos, Señora.*

-I-

El padre de Manuel en el año 1994 tuvo que abandonar León por motivos de trabajo. Nada más y nada menos que a Argentina. Y con él toda su familia. A Manuel no le quedó más remedio que acostumbrarse a vivir sin su banda, sin sus procesiones, sin sus pasos... Al menos, le quedaban sus sueños. Pasó mucho tiempo sin poder saborear la ciudad que tanto quería y, por supuesto, su verdadera pasión. Los primeros años acariciaba una y otra vez los recortes de prensa que había ido guardando desde niño, alguna foto ajada y amarillenta que de tanto mirarlas habían difuminado sus colores hasta casi desaparecer.

Es cierto que, pasados los años, y gracias a su ordenador y a la bendita conexión a internet había podido saborear - aunque fuera de lejos - lo que pasaba en León y en su semana santa. Entre recuerdos y sonrisas, se hizo ingeniero de telecomunicaciones y con cuarenta recién cumplidos tuvo la suerte de poder volver a España a trabajar en la capital. Desde que le dieron la noticia - en el mes de enero de 2013 - Manuel no paraba quieto, volvía a sentir los mismos nervios que pasaba de pequeño cuando la Cuaresma iba desapareciendo y se acercaba la primavera que en León casi ni se nota.

A finales de febrero llegó por fin a España y lo primero que hizo fue programar, para la Semana Santa, su viaje y estancia en León. Era feliz. Llamó a un antiguo compañero de la Banda que le prometió que podría salir con ellos, que no se preocupara: él le dejaría traje y, por supuesto, tambor.

Como cuando era niño un domingo de ramos, repeinado y con la sonrisa de oreja a oreja, llegó a León el sábado de Pasión por la mañana. Tras dejar su maleta en el Hotel París se echó a la calle como queriendo comerse el aire leonés a bocanadas. Hacía un día luminoso, frío, de esos que en las últimas semanas santas tanto echamos de menos, y corrió a Santa Nonia.

Casi no había nadie pero dos montadores de Angustias que estaban por allí le franquearon la entrada y pudo saborear, por fin, los momentos que llevaba ansiando años. Allí estaba su Nazareno, el Expolio, los Cristos crucificados, la Flagelación, La Soledad y la Dolorosa, el Yacente...

Estuvo, al menos, diez minutos en silencio, deambulando por la iglesia casi a oscuras y al llegar frente al altar, con lágrimas en los ojos, miró hacia el Padre y le dio las gracias por haberle traído hasta Él.

Por permitir mantener una ilusión viva a lo largo de los años y porque, al fin y al cabo, los nueve días que faltaban para tener que incorporarse a su trabajo en Madrid, iba a volver a sentirse niño de verdad: lleno de ilusión y de alegría.

Comió con unos amigos en la Taberna Darío, saboreó la limonada como si fuera néctar de los dioses griegos y a las cinco en punto de la tarde se encontró vestido de gala para acudir a la procesión de Jesús Sacramentado. No estaba muy seguro de no meter la pata con su tambor pero tampoco le importaba demasiado. Acaso, si hiciera falta, solo movería las baquetas sin percutir y así evitaría estropear -con su falta de pericia- las marchas que iban a sonar.

Cuando la banda arrancó en ordinaria hacia Santo Martino no pudo contener las lágrimas de emoción. Al llegar no daba crédito. Era la primera vez que veía en persona al Cristo de la Esperanza frente a Anás. Los braceros movían sus pies al ritmo de sus rotundos ritmos y así, muy despacio, respirando a bocanadas el incienso que tanto había anhelado desde la lejanía, estuvo casi seis horas ensoñado. Le parecía raro no llevar túnica puesta pero se sintió enseguida un papón más.

Pudo reír, llorar, rezar, hasta cantar por dentro alguna de las marchas que solo - desde hacía tiempo - había escuchado (y aprendido de memoria) en YouTube.

Cuando - llegada la noche - despidieron a Cristo con el Manué pensó que la Semana Santa, tan distinta a la que él había dejado, en el fondo seguía siendo la misma...

- II -

Con apenas cuatro horas de sueño, al día siguiente partió para Cádiz. No estaba seguro de querer dejar León pero, al fin y al cabo – pensó - se le brindaba una oportunidad de oro de conocer otras tierras cofrades.

En el autobús, cerrando los ojos fue tarareando marchas para sí...

Sobre las 12 de la mañana la Banda llegó a la Tacita de Plata. Un espléndido día primaveral sureño lo acogió, llenando los pulmones de olor a azahar y a mar. Enseguida se dio cuenta que la Semana Santa gaditana era una de las fiestas grandes de la ciudad pues en las calles se respiraba por los cuatro costados que era Domingo de Ramos.

La Estación de Penitencia de la Hermandad de Jesús Despojado partía a las dos menos cinco en punto de la tarde de la capilla salesiana de María Auxiliadora. Cuando la Banda tocaba con fuerza la Marcha Real, dando salida a Jesús del Amor, rodeado de gentes que se agolpaban en la calle, sintió como sus piernas comenzaban a temblar.

Le sorprendió el sistema de puja mezclada entre cargadores - bajo trono - y manigueteros - por fuera de él llevando horquetas -, los hermanos con sus túnicas de blanco immaculado anudadas con esparto y unos incensarios que parecían llevar el mismo infierno del humo que salía de sus adentros pero con olor a gloria bendita. El trono, de puro oro; y el adorno floral, discreto. No pudo recordar un trono parecido en León.

La gente se arracimaba en las aceras mezclándose con el cortejo, haciendo calle con hermanos, paso y bandas y desde ellas se oían muchos olés desgajados ante los solos de la banda, ánimos a los hermanos y, en ocasiones, saetas salidas de los balcones que sonaban como venidas del cielo.

De lejos, por algunas otras calles, otros cortejos enamoraban a todo el Cádiz cofrade... A poco que se agudizara el oído se percibía barullo y marchas lejanas...

Cuando ya de noche cerrada llegaron a Beato Diego, casi iniciando la carrera oficial, y la Banda tocaba Padre Nuestro, al ver a ese Cristo sólo, con mirada triste, su espalda llena de latigazos, que caminaba a ritmo de las horquetas de los manigueteros

- con una cadencia exactamente igual a la de León -, y en esa calle estrecha y con tanto sabor papón, le vino a la memoria otro Despojado que llevaba muy dentro, El Expolio - en el que algún año había dado algunas tiradinas -, y en silencio, cerrando los ojos se imaginó que ante él unas túnicas negras llevaban al Silencio de las mañanas de los Viernes Santos leoneses y comenzó a musitar:

*Te llaman El Expolio,
Señor del Rodopelo,
aunque tus manos lleven
un pase de Torero.*

*Esa mirada triste,
tus brazos hacia el cielo,
tu túnica inconsútil
tirada por el suelo
junto a unos dados fríos
con sus números yermos
hacen que en las aceras
reine solo el silencio.*

*Cuando te llevo al hombro
sólo Tú y yo sabemos
que mi llanto no es llanto,
mi temor ya no es miedo,
mi oración es poesía,
mi penitencia, anhelo.*

*Las promesas hirientes
se tornan en consuelo
cuando unos pies descalzos
te mecen en raseos.*

*Me separo del trono
y una nube de incienso
me lleva hacia tus ojos
percibiendo un lamento
porque te encuentras solo.*

¡No es así! ¡Lo prometo!

*Mira las calles tristes
que se encuentran de duelo
cuando a tu paso callan;
sin voz hacen sus ruegos,
sabiendo que a tu lado
el destino es un juego.
Todos quieren - lo sé -
tornarse en cireneos
para llevar tu cruz a
marrada a su pecho.*

*Señor tan triste y solo,
Señor del vilipendio...*

*¡Las voces enmudecen
cuando pasas! ¡Silencio! ...*

- III -

El lunes pasó deprisa. Madrugó. No quería perder ni un detalle de la capital gaditana antes de dirigirse a Sevilla. Paseó por sus calles estrechas percibiendo en ocasiones los aromas de las playas de Santa María y la Caleta. Hasta pudo acercarse a San Fernando a visitar la tumba de Camarón con quien tanto disfrutaba pues amaba profundamente el flamenco.

A media mañana, con una sonrisa en los labios se dirigió hacia Sevilla a degustar, a bocanadas, las capillas y las hermandades del Lunes Santo: su Beso de Judas, Vera Cruz, Las Penas de San Vicente, y sobre todo, el Cautivo de San Pablo escoltado por la Banda de Triana (ahí es ná...) y la hermandad de San Gonzalo con la escolta musical de oro de Las Cigarreras.

Observó - con envidia sana - cómo la gente siente la música cofrade, cómo se llenan las calles de bulla semansantera, de olor a incienso en cada esquina y rincón. Parece que los relojes se mueven al ritmo de esa salida procesional o aquella otra entrada. Soñó despierto en El Postigo cuando el Perejil cantaba una saeta a la Virgen del Mayor Dolor y se asomaron las lágrimas a su rostro cuando, la transitar por la capilla de La Estrella, sonó la marcha que lleva su nombre.

Entre manzanillas, casas de hermandad abiertas de par en par, y las procesiones que Sevilla pone en la calle se dio cuenta, al fin y al cabo, que la Semana Santa es igual en todos los sitios: está asentada en el amor de un pueblo a la tradición y a sus costumbres.

Ya muy entrada la noche, retornaron a Cádiz para ver cómo la Virgen de la Soledad se escondía en la Iglesia de San Francisco. Y aunque los lugares y los acentos eran evidentemente distintos, al cerrar sus ojos y apoyar su cabeza en la almohada vio a la Soledad de Angustias encerrarse en Santa Nonia mientras sonaba La Saeta tocada por su Agrupación.

Contrastes de los sueños...

- IV -

Cádiz en Semana Santa tiene perfectamente delimitadas las horas. Por la mañana, la ciudad remolonea con esa luz especial como queriendo apurar las horas. Solo los grupos de montaje de las hermandades llevan una actividad frenética. A media tarde, tras la siesta - que Cádiz siempre fue de dormirla -, la ciudad tiende un manto de grana y oro a sus cofradías y se echa a la calle para ver las salidas, los recorridos, la carrera oficial; para escuchar las marchas y a los saeteros con sus voces rotas - más de un estudioso del flamenco dice que la saeta nació en esta ciudad -; para respirar los distintos inciensos que las hermandades queman; para ver - y casi tocar - las imágenes por las que sienten - desde que nacen - su especial devoción. Y para paliar la sed con manzanilla fresca traída de Sanlúcar. En fin, para degustar la Pasión con los cinco sentidos. Como debe ser al fin y al cabo.

A las cinco y media de la tarde en punto Manuel y La Victoria estaban perfectamente formados en Pío XII al lado de la Catedral. Sus aledaños, en los que no cabía un alma, permanecían en absoluto silencio, sin que nadie se moviera se su sitio, como si tuvieran miedo a perder la verticalidad.

Desde dentro del templo un martillo, con golpes secos hizo aparecer al Cristo de la Piedad en los portones. Muy despacio, los pies de los costaleros casi sin moverse, como con miedo a asomarse a la luz del día, lo sacaron a la calle mientras ciriales, banderas, nazarenos y público no dejaban de mirar su cara dulce, triste y casi ya sin aliento. El toque de Oración hizo el silencio aún más perceptible. Y las emociones obligatoriamente contenidas. Y así, con una ciudad volcada en su Piedad, en ese Cristo muerto y en la Madre de las Lágrimas, la procesión arrancó mientras la Banda marcaba El Salvador.

Hasta bien entrada la noche, Cádiz raseó al ritmo de La Victoria.

- V -

Y llegó el miércoles. Con tanto sueño burlado a las madrugadas, Manuel se levantó como un alma en pena y subió al autobús que los llevaría a Jerez en apenas una hora.

Nada más llegar se dio cuenta por qué esa ciudad gaditana vive para dos fiestas: su Semana Santa y la Feria del Caballo. Balcones engalanados, capillas enlutadas con grandes telas presididas por emblemas cofrades, bares en los que sólo se escuchaban comentarios sobre el tránsito de las procesiones pasadas y el anhelo por las que han de venir. Hasta pudo comprobar cómo esta ciudad tan gitana y torera ha regalado un monumento a las cofradías y sus cofrades. Con pena, no pudo evitar evocar León y lo poco o nada que sus autoridades miman la semana santa. En fin – pensó -: acaso el frío leonés destemple el carácter de sus políticos.

Tras alimentarse ligeramente con unas puntillitas, un poco de jamón y mucha conversación papona, a las ocho estaban en la plaza de Santiago para acompañar a la cofradía que tiñe la ciudad de rojo y blanco: La Real y Pontificia Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Prendimiento, María Santísima del Desamparo y del Apóstol Señor San Pedro.

Sonrió para sus adentros pues, a pesar de tan largo nombre, todos en Jerez la llaman “El Prendi” quien, por cierto, camina sobre trono realizado por las mismas manos que el de Nuestro Padre Jesús Nazareno de León.

Tras la preceptiva Marcha Real, con el paso ya en la calle, no pudo evitar evocar el Prendimiento de los Viernes Santos leoneses pero sobre todo, la mirada del Cristo jerezano, su lento caminar al lado de Candilejas y Chupaceite - que en Jerez también apelan cariñosamente a las imágenes y más si son sayones - le hizo cerrar los ojos y pensar que en las calles leonesas, en esa misma tarde, el Cristo más gitano de la ciudad iría pidiendo un silencio sepulcral en las aceras.

Y cerrando los ojos, recordó al Padre Javier, megáfono en mano, recitando el Credo de los Apóstoles hasta hacer retumbar el aire con voces masculinas. Por esos extraños juegos de la mente y la memoria, desfiló ensoñado toda la procesión, lloró con las saetas que acaso, en Jerez, suenan aún más rotas y más hondas que en la capital y al recogerse el cortejo, tras casi seis horas de olés, guapas a la Virgen, levantás, aplausos y oraciones, siguió pensando en el Jardín de San Francisco y en la iglesia de los Capuchinos en la que completamente sólo, estaría quizás soñando Jesús de Medinaceli:

¡Silencio!
Que un sueño vano
lleva prendida una promesa eterna.

¡Silencio!
Que nuestras vidas
solo penden de un hilo que se rompe con un suave
murmullo en un instante.

¡Silencio!
Que un Cristo viejo
nos grita de repente para hablar de nosotros.

¡Silencio!

Que pasamos sin escuchar al otro,
sin ni siquiera oír lo que nos dice
un corazón errante,
una vida tan corta
que cuando nos callemos
ya no habrá más silencios,
sólo estarán las sombras...

...Silencio

- VI -

Y llegó el día del Amor Fraternal y el momento de partir para Sevilla ya que, a las 9 de la noche, la banda debía acompañar a Jesús del Gran Poder en Brenes.

La salida tardía de la procesión, permitió a los leoneses pasar por la capital sevillana el día en que Cigarreras, Los Negritos, Montesión y otras tantas hermandades hacen sus estaciones de penitencia.

Pero la semana santa sevillana no es amiga de salir por las mañanas y sólo pudieron visitar capillas, casas de hermandad y alguna taberna cofrade mítica como el Perejil - quien tiene al Nazareno de León entre sus estampas expuestas -, Casa Ricardo o Santa Ana en la que ni un centímetro de la pared podía verse sin alguna foto semanastera, en las que, como música de fondo, salían al aire marchas de palio o solos imposibles de corneta.

En ese empeño iban acompañados - como magníficos cicerones - de algún miembro de la banda trianera de las Tres Caídas.

A las seis de la tarde partieron para Brenes con ansias de llevar su música a ese pueblecito de quince mil habitantes, apenas a una treintena de kilómetros de la capital y en el que no hay un alma que no se eche a la calle para vitorear a su Gran Poder y a su Amargura, la Virgen que parece mirarte cuando anda.

Con la noche ya cerrada en la plaza del 1º de Mayo, los hermanos (de morado y rojo) con su papeleta de sitio, los costaleros y todo el pueblo, se arracimaban a la puerta de la iglesia con sus paredes de blanco reluciente para ver la salida del Soberano. La Victoria estaba perfectamente formada mirando hacia la puerta. Las voces del capataz indicaban que el Señor ya se asomaba a la calle. El silencio reinante se rompió con un rotundo grito de Viva el Señor del Gran Poder (contestado de inmediato por los aplausos del público) y con el saludo de la Banda con la Marcha Real enlazada con Silencio Blanco comenzando por el sólo. Casi podían escucharse... las respiraciones contenidas...

Al llegar a la calle de la Tabernas, Manuel Marchena, el capataz con más solera de Brenes, llamó al director de la Banda para que se acercara al trono. Allí, con su boca al lado de los respiraderos, arengó a la cuadrilla para dedicar la levantá a la Banda de la Victoria con las siguientes palabras:

“Quiero que lo llevéis al cielo. ¿Me oís? Quiero que el Señor vaya a los cielos. Vosotros ponéis el arte. La pureza la pone la Banda de León, la Banda de la Victoria”.

Tras entregar un costal a la Banda y darse un abrazo sentido, cogiendo el llamador marcó el golpe tras la voz ¡a ésta es...! El Gran Poder subió quizás más que nunca. La Banda tocó acaso con más sentimiento. Capataz, segundo capataz y contraguías parecían querer decir algo a los espectadores. Y aunque no se les oyera, si se cerraban los ojos, sus voces con un marcado acento andaluz iban diciendo:

*¡Sevillanos! ¡A la gloria!
Que unos cuantos leoneses
nos traen marchas de Victoria...*

*El Señor del Gran Poder
va andando por soleares al escuchar las cornetas,
los tambores y timbales
de una Banda que se sueña
en tardes primaverales.*

*Sus costaleros no andan,
sus pasos son los costales de marchas de sentimientos,
que se lanzan hacia al aire
el jueves de amor fraterno
enamorando las calles.*

*¡Costaleros! ¡A la gloria!
Que unas cornetas plateadas
nos llevan por la Victoria...
La Madre de la Amargura
quiere dejar sus varales
y subirse al trono de Cristo
por sentir más cerca el arte
de los vientos leoneses
que traen marchas celestiales.*

*¡Nazarenos! ¡A la gloria!
Que unos tambores rotundos
marcan ritmos de Victoria...*

*Brenes se siente Sevilla
ese jueves por la tarde
pues el Señor va soñando
entre lágrimas cofrades.
Cuando un solo de corneta
marca en el Nombre del Padre
Brenes reza en las aceras,
Brenes saluda a una Madre
que entre Amargura y silencios
quiere esa noche ayudarle.*

*¡Brenes entero! A la gloria!
Que papones leoneses
sueñan con ser La Victoria...*

- VII -

La madrugada del Viernes La Victoria no duerme. Devora con emoción la Madrugá sevillana. A las siete, no obstante, todos estaban pendientes del teléfono para escuchar el último toque de la Ronda a la puerta de Santa Nonia, despidiéndose de la Campana sobre las nueve de la mañana para acudir a su procesión del día grande.

A Manuel le pareció extraño estar en Constantina, una de las localidades andaluzas con las casas más blancas en plena Sierra norte sevillana.

A las diez y media salía de la Iglesia de Santa Ana Nuestro Padre Jesús Nazareno (a quien acompañarían con su música) en la Procesión de El Encuentro. Por mucho que Manuel se viera en un escenario totalmente diferente al leonés al que llegaran – incluso - olores del cercano Guadalquivir, no paraba de pensar que el paso que llevaba delante era su Nazareno, el que a esas horas, ya habría abandonado la plaza Mayor camino del descanso. Ni siquiera las fajas blancas de los nazarenos sevillanos le impedían soñar esos momentos porque debajo de ellas, también vestían túnicas negras. Daba igual que el paso fuera a costal.

El veía a los hermanos por fuera de trono y con paso leonés. No le importaba que las calles estrechas estuvieran enmarcadas por casas con un rabioso color blanco; él se veía en Hospicio, Escorial, Santa Cruz...

Y quizás porque ya llevaba muchas procesiones en el sur, porque llevaba tantos años fuera sin vivir la semana santa, ya no podía pensar más que en volver a León y respirar - aunque solo fueran dos días - los aires leoneses del Sábado Santo y Domingo de Resurrección.

A pesar de ello, se dio cuenta que en Constantina - como en cualquier sitio en que se viva la Semana Santa - todos estaban en la calle para acompañar a Cristo y a la Virgen de la Esperanza. La ciudad se volcaba con sus nazarenos, con los costaleros en cada nueva levantá, con su banda - esa que le había acogido sin merecerlo - para hacerle vivir una semana santa muy especial, con los solos de las cornetas - agradecidos de corazón con olés y aplausos sinceros - y se dio cuenta que el lugar es lo de menos. Que la semana santa llena de emociones todo lugar y tiempo, de sabores especiales pero muy queridos en casa rincón, de promesas secretas bajo capillos o antifaces - da igual su nombre -, de música que sale del corazón - con túnica o con traje - de sonrisas, abrazos y anhelos compartidos...

No entendía - quizás - por qué la Banda de la Victoria no se quedaba en León a tocar pues, al fin y al cabo, su calidad es indiscutible, su pasión por la semana santa, indudable, su amor por León, fuera de toda duda.

Alguien le recordó que en León, aun quedaba mucho camino por andar en la Semana Santa, sobre todo, en lo que a música se refiere. Y pensó que aun mucha gente no sabía que detrás de un músico cofrade siempre hay un enamorado de la Semana Santa y que su hábito se teje con devociones, promesas y esfuerzos sea cual sea su color, su forma o sus maneras.

- VIII -

Con la sensación del deber cumplido, un largo viaje en autobús esperaba a la Banda hasta llegar a León. Por el camino, muy pocos pudieron escapar a un profundo sueño...

El Sábado se levantó muy pasadas las doce. Se acercó a santa Nonia por ver si aún quedaban retazos del Viernes Santo y encontró una capilla vacía, sin bancos, totalmente limpia y con todas las imágenes en su sitio. Con algunos montadores tomó - más tarde - alguna limonada y se dispuso a saborear la poca semana santa que aun quedaba en la ciudad - al menos eso pensó -.

A las cinco de la tarde atravesó una plaza de San Isidoro vacía y se adentró en el barrio de Santa Marina por ver - por primera vez en su vida - la Procesión del Desenclavo. Quedó muy gratamente sorprendido por la música que acompañaba los pasos y siguió la procesión desde las aceras hasta presenciar el acto del Desenclavo. Se emocionó con la plasticidad del acto, con el canto de Las llagas y se dijo que la Semana Santa leonesa estaba llena de sorpresas y de contrapuntos verdaderamente dignos de mención.

Cercanas las siete, se dirigió a la Catedral por ver las otras dos procesiones: La Soledad - a la que recordaba de niño - y Camino de la Luz que presencié ante San Martín observando la entrega del fuego pascual.

Las aceras - a pesar del frío - seguían repletas de público, los bares a rebosar, las paredes llenas de carteles de Semana Santa, demostrando, al fin y al cabo que León es ciudad de pasión por mucho que les pese a algunos.

Confirmó para sus adentros lo mucho que las ciudades tienen que agradecer a sus cofradías quienes - sin pedir nada a cambio - ofrecen todo lo que tienen dentro para engrandecer la intrahistoria de los pueblos.

Pensó en la generosidad de los miembros de las bandas quienes pasan prácticamente todo el año con ensayos para tocar apenas seis o siete días -si tienen suerte- y se dio cuenta que acaso la grandeza de la Semana Santa se encuentre en el corazón, limpio y sin dobleces, de los que participan en ella, en las devociones aprendidas desde niños y en el amor a raudales por la ciudad en la que nacen.

Al día siguiente madrugó y dirigió sus pasos a Jesús Divino Obrero a ver la salida de la procesión. Se encontró con algún miembro de su antigua banda y desayunó con ellos un chocolate con churros que le supo a gloria bendita.

Caminó al lado del cortejo que subía hacia la Catedral y sólo cuando vio la última paloma desaparecer por el cielo leonés - tras el acto de El Encuentro - se fue para el hotel a recoger su maleta.

Antes de ir a la estación pasó por San Nonia - ya abierta para la misa - y acercándose al altar miró hacia El Nazareno y, sin saber muy bien porqué, le dio las gracias. Pensó que era muy afortunado de poder seguir viviendo la semana santa, pensó en los miles y miles de leoneses que a lo largo de los siglos habían quizá sentido lo mismo que él y lo mucho que tenemos en la actualidad que agradecerles y reflexionó, pero sin tristeza, lo rápido que pasan nuestras vidas casi tanto como la hace cada nueva semana santa, bella y efímera, como una nube de incienso...

- IX -

Todo tiene su final - que en ocasiones, como pasa en la Semana Santa -, es el principio...

Gracias a la Banda del Santísimo Cristo de la Victoria por haberme permitido subir a esta tribuna pero sobre todo, por tomarse la música cofrade muy en serio y por llevar el nombre de León lejos de esta ciudad - en demasiadas ocasiones mezquina - para dejar su nombre en el lugar que se merece.

Gracias, por supuesto, a Manuel ese papón de corazón que el pasado año vivió la Semana Santa al ritmo de la Victoria. Y por haberme contado sus palpitos para poder narrarlos. Sabed que todo lo que habéis escuchado, si no fuera cierto, podría haberlo sido...

Gracias a todos vosotros, asistentes a este acto, por permitirme emocionarme, una vez más, con algo de lo que estoy enamorado casi desde que nací. Y por dejarme intentar emocionaros a vosotros. Si con mis palabras alguien ha sentido una pizca de emoción por pequeña que haya sido, esa será mi más entrañable recompensa...

Dejadme, para acabar, leeros una saeta –ya que no me he atrevido a cantarla aunque, ciertamente, barajé la idea de hacerlo ante vosotros-... Mejor así... qué suerte habéis tenido!!

Gracias, hermanos, por todo...

León: ¡A brazo!

León: ¡A hombro!

León ¡Al cielo!

*¿Quién me presta una escalera
para subir al madero,
para quitarle los clavos
a Jesús el Nazareno?*

*¿Quién me llevará despacio
a la esquina con Herreros
a ver a mi Morenica
que va llorando en silencio?
¿Quién llevará unas cornetas
por la calle Sacramento
mientras el Sacramentado
cumple su pena durmiendo?
¿Quién me lleva de la mano
vestido todo de estreno
a ver una borriquilla
que se mueve entre maceros?*

*¿Quién me acercará el domingo
por el barrio de San Pedro
a ver un Cristo triunfante,
que se mueve entre hombros negros?
¿Quién seguirá por las calles
a un Jesús que es “El Ranero”
mientras piden una muerte
sin apenas sufrimiento?
¿Quién llevará unas horquetas
golpeadas en el suelo?
¿Quién dará paso a la noche
vestido de rojo y negro?
¿Quién llenará nuestras calles
de nubes blancas de incienso
mientras un Rosario se abre
con la Oración en el Huerto?
¿Quién adorará las llagas
de un Hombre que ya está muerto?
¿Quién otorgará el perdón
a un reo que ya no es reo
mientras tres Madres escuchan
un Vía Crucis eterno?
¡Ay por Dios! ¿Quién seguirá,
rezando entre bisbiseos
a dos Cristos silenciosos,
franciscanos y toreros?
¿Quién llorará a una Paloma
que se esconde bajo el cielo
mientras un Cristo caído
lleva triste su madero?*

*¿Quién recitará soñando
por el barrio más añejo?
¿Quién madrugará sonriente
el día de Amor Fraterno
para llevar a la plaza
las palabras del consuelo?
Y ¿quién hará su pregón entre caballos y sueños?
¿Quién me acompaña a “La Saca”?
¿Quién me lleva no muy lejos
a sentir la despedida
de la Madre y el Maestro?
¡Acompáñame, Señora!
¿No ves que casi no llego
a ver un mar de hombros dulces
que salen casi del templo?
¡No me dejes, Madre mía
que el banquete ya está presto
en una mesa dorada
que me hace soñar despierto.
¿Quién cometiera la injuria
a Jesús, el Nazareno,
que sobre púrpuras hombros
evoca su sufrimiento?
Luna: Escucha lo que suena.
que no es canto, que es lamento.
¿Ves a todos los papones
llenar la ciudad de negro?
¿Sabes que estos mismos
son los que van hacia el Encuentro?*

*¿Quién dirá Siete Palabras?
¿Quién acudirá al Entierro?
¿Quién llevará por las calles
la esperanza de su Fuego
mientras un Cristo callado
va bajando a los infiernos?
¿Quién seguirá entre morados
una Soledad? No puedo
relatar sin emociones
la adoración de tus miembros
mientras unos desenclavan
y otros preparan tu lecho
al lado de tantos Reyes
de este antiguo y viejo Reino.*

*¿Quién soltará unas palomas
entre aplausos, con estruendo
mientras los capillos caen
y todos están sonriendo?
Es esta ciudad callada
la que cumple tus deseos.
¡Que sea Semana Santa!
¡Que un tambor redoble quedo!
¡Que todos los leoneses
entren pronto en este sueño!*

HE DICHO.